



TIEMPO DE MEMORIA

**Oliver Hilmes**

# BERLÍN, 1936

Dieciséis días de agosto

TUSQUETS  
EDITORES

## Índice

Portada

Dedicatoria

Agradecimientos

Sábado, 1 de agosto de 1936

Domingo, 2 de agosto de 1936

Lunes, 3 de agosto de 1936

Martes, 4 de agosto de 1936

Miércoles, 5 de agosto de 1936

Jueves, 6 de agosto de 1936

Viernes, 7 de agosto de 1936

Sábado, 8 de agosto de 1936

Domingo, 9 de agosto de 1936

Lunes, 10 de agosto de 1936

Martes, 11 de agosto de 1936

Miércoles, 12 de agosto de 1936

Jueves, 13 de agosto de 1936

Viernes, 14 de agosto de 1936

Sábado, 15 de agosto de 1936

Domingo, 16 de agosto de 1936

¿Qué fue de...?

Apéndices

Fuentes

Bibliografía

Notas

Créditos

Para mi familia

## AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias a todos cuantos me han ayudado durante la elaboración de este libro. Estoy especialmente agradecido al personal de los archivos y colecciones que he consultado, sobre todo a Annette Thomas y a Gisela Erler del Archivo Provincial de Berlín (Landesarchiv Berlin), que, con incansable ánimo, me facilitaron el acceso a los fondos de la institución.

También quiero mostrar mi agradecimiento a Thomas Rathnow y Jens Dehning de la editorial Siedler, a mi lectora de Múnich Karen Guddas y a Ditta Ahmadi, que con gran cuidado formateó el texto y las imágenes. Como agente Barbara Wenner siempre está a mi lado, con su ayuda y sus consejos: gracias también de corazón.

Además quisiera dar las gracias de corazón —por muy diversos motivos— a Christian Becker, Shareen Blair Brysac, Christine Casapicola, Dr. Elke Fröhlich, Armin Fuhrer, Dr. Heike Görtemaker, Prof. Dr. Manfred Görtemaker, Prof. Ulrich Gröner, Andrea Hofmann, Dr. Florian Huber, Dr. Emanuel Hübner, Dorothea Hütte, Dr. Hans Kitzmüller, Dr. Jürgen May, Dr. Steven B. Rogers, Jutta Rosenkranz, Dr. Claus W. Schäfer, Michael Töteberg, Prof. Dr. Michael Tsokos, Beatrice Vierneisel, Annegret Wilke, Ilse Zellermayer y Gisela Zoch-Westphal. Por último, el mayor de los agradecimientos es para mis padres Ilona y Wilfried Hilmes, y también —*last, but not least*— para Peter Franzek.

## Sábado, 1 de agosto de 1936

PREVISIÓN PARA BERLÍN DEL SERVICIO DE METEOROLOGÍA DEL REICH

Más nubes que claros y, a intervalos, completamente cubierto con chubascos. Viento de componente sudoeste-oeste moderado. Temperaturas en descenso. 19 °C.

Berlín, verano de 1936.

Cientos de miles de curiosos flanquean las calles mientras esperan la llegada de Adolf Hitler.

*Emanuel Hübner, Münster*

En la suite de Henri de Baillet-Latour suena quedamente el teléfono. «Su excelencia, son las siete y media», le anuncia el conserje. «Bon», responde el conde, «ya estoy despierto.» Los trabajadores del hotel Adlon, donde se hospeda Baillet-Latour, tratan a su huésped con un respeto exquisito, porque Henri Baillet-Latour es casi como un jefe de Estado. Aunque no gobierne ningún país, no dirija ninguna república ni sea el regente de un país monárquico. Henri, conde de Baillet-Latour, es el presidente del Comité Olímpico Internacional (COI). Cuando esta tarde, exactamente a las 17:14, se iza la bandera olímpica en el estadio olímpico de Berlín, este belga de sesenta años asumirá durante dieciséis días el control de las instalaciones deportivas de la ciudad.

Hasta entonces Baillet-Latour tiene un intenso programa de actos: asistirá a una celebración religiosa con sus compañeros del Comité Olímpico, pasará revista a la guardia de honor del Ejército y finalmente depositará una corona en el edificio de la Nueva Guardia, sede del monumento a los caídos en la guerra mundial. Al final de la ceremonia militar, Hermann Göring, en calidad de primer ministro prusiano, dará la bienvenida a los miembros del COI.

Ya son las ocho de la mañana y en la Pariser Platz, frente al hotel Adlon, suenan marchas militares, que son interrumpidas una y otra vez por toques de diana y por la canción *Freut euch des Lebens* [Alegraos por la vida]. La «gran alborada», como se denomina este ritual, es una de las muchas muestras de respeto que los nacionalsocialistas ofrecen al COI. Mientras Henri de Baillet-Latour observa al genio desde la ventana de su suite, puede sentirse como un jefe de Estado, con el Adlon como sede de gobierno. El COI no puede tener mejores vecinos: frente al hotel se encuentra la embajada francesa, a su izquierda, imponente, la Puerta de Brandeburgo, y directamente al lado del monumento más emblemático de Berlín se sitúa el palacio Blücher, propiedad de Estados Unidos. De hecho, el enorme

edificio debería alojar la embajada americana, pero el inmueble ardió por completo en 1931 y la reconstrucción va con retraso. Junto al Adlon, en la Pariser Platz, se encuentra la prestigiosa Academia de las Artes, y en la colindante Wilhelmstrasse está el palacio Strousberg, donde tiene su sede la embajada británica.

Henri de Baillet-Latour ya ha terminado su desayuno y se prepara para abandonar el Adlon. Para los festejos del día el conde ha elegido un atuendo especialmente solemne y lleva pantalón gris, chaqué oscuro, zapatos con polaina, sombrero de copa y un soberbio medallón. Cuando Joseph Goebbels lo ve de esta guisa, sacude para sí la cabeza. En la entrada de su diario se lee: «Los olímpicos parecen directores de un circo de pulgas».<sup>1</sup>

Pauline Strauss no tiene pelos en la lengua. La señora Pauline es la mujer del famoso compositor Richard Strauss y no vacila a la hora de decirle a un completo extraño las peores cosas a la cara. Pero tampoco sus amigos o conocidos se libran de su falta de tacto. «La señora Strauss, que durante el té, y contra lo que acostumbra, había estado de lo más agradable, tenía ahora otra vez uno de sus ataques de grosería medio-histórica», recuerda Harry Graf Kessler de uno de sus encuentros en un restaurante de postín. Sobre las mesas, las más caras porcelanas, preciosa cubertería de plata y refinadas copas de cristal, camareros de librea se mueven casi en silencio por la habitación y los comensales conversan en voz baja. Menos Pauline Strauss. Cuando Kessler relata una anécdota, que evidentemente no resulta del todo interesante, sobre un famoso gastrónomo parisino, la señora Strauss lo interrumpe con gran estrépito: «¡Muerto y enterrado, estará muerto y enterrado, para cuando usted haya terminado de contar su historia! En fin, si alguien cuenta tan despacio una historia tan sosa, es mejor que miren ustedes a ese cerdo cebado...». Los presentes la miran atónitos. «Bueno, el cerdo cebado, ese oficial tan gordo de esa mesa», explica la señora Strauss, y señala



con el dedo a un teniente bastante corpulento sentado en una mesa cercana. «Y ahora, ¿qué? Yo sólo quiero coquear un poco con ese cerdito», repite, y mira fijamente al teniente hasta que grita triunfante: «Y, ahora, mirad, el cerdito me está lanzando miraditas de amor. De verdad que creo que va a venir a sentarse a nuestra mesa». En la mesa todos están espantados, el escritor Hugo von Hofmannsthal, que también está presente, no levanta, azorado, la vista de su plato, y Richard Strauss se pone rojo y pálido por momentos. Pero calla ante el comportamiento escandaloso de su esposa, quizá para prevenir males mayores. Se dice que una vez, cuando él le recriminó su conducta en una escena similar, ella empezó a gritar en público: «Si dices una palabra más, Richard, me voy a la Friedrichstrasse y me lío con el primero que vea».<sup>2</sup>

No resulta extraño que todos los conserjes de hotel, los camareros y las doncellas teman a Pauline Strauss. El matrimonio Strauss, acompañado de Anna, su ama de llaves, llegó ayer por la mañana al hotel Bristol. El Bristol se encuentra a un tiro de piedra del famoso hotel Adlon, en la magnífica avenida berlinesa Unter den Linden. Como no podría ser de otra manera, el establecimiento ofrece las comodidades más modernas. Así, las amplias habitaciones y suites están decoradas con el mobiliario más elegante y cuentan con cuarto de baño propio. Además el hotel tiene espléndidas salas comunes: por ejemplo, la sala de lectura está decorada con estilo gótico, mientras que los muebles del salón de té son de madera noble con cuero.

Richard Strauss apenas tiene oportunidad de disfrutar de las comodidades de su alojamiento. Ayer estuvo ocupado con los ensayos, esta tarde tiene programado el estreno de una de sus composiciones y mañana por la mañana deja de nuevo Berlín para volver a Baviera. Como uno de los compositores más importantes del momento, Strauss es un hombre muy ocupado: en marzo realizó una gira por Italia y Francia que lo llevó hasta Marsella, en abril estuvo como di-

rector de orquesta en París y Colonia y en julio, en Zúrich y, de nuevo, en Colonia. Y, al mismo tiempo, siempre encuentra, a sus setenta y dos años, tiempo para componer. La obra que se estrenará en unas horas se titula *Himno olímpico* y ha sido un encargo realizado por el Comité Olímpico para la ceremonia de inauguración de los juegos que tendrá lugar hoy. Strauss dice de sí mismo que es capaz de ponerle música a todo: «Si uno quiere ser buen músico», bromea, «tiene que poder ponerle música a un menú». Pero, para él componer es también cuestión de esfuerzo y de hábito. Con estoica paciencia se sienta ante su mesa y crea obra tras obra. Años más tarde, Theodor W. Adorno acuñaría palabras llenas de rencor sobre esta máquina de hacer música: según Adorno, Strauss habría traicionado a la modernidad para aliarse con el gran público. Era un maestro de lo superficial que componía lo que podía vender por unas monedas.

El *Himno olímpico* para coro y orquesta sinfónica pertenece a lo que podríamos catalogar como trabajo rutinario, pues a Strauss no le interesaba en absoluto el deporte. En su opinión, el esquí es una actividad para carteros rurales noruegos. Cuando en febrero de 1933 se entera de que su lugar de residencia, Garmisch, planea una tasa especial para poder costear los Juegos Olímpicos de invierno, Strauss protesta con firmeza. Le escribe al Ayuntamiento:

En el supuesto de que el nuevo impuesto ciudadano se destine a cubrir los gastos de esta estupidez deportiva y de toda esta inútil fanfarria olímpica, deseo protestar con firmeza y solicitar que se me libere de esta obligación y se penalice a aquellos que tengan un interés en las Olimpíadas y en todo este teatro, pues yo no haré uso alguno de ninguna instalación deportiva, ni de la pista de *bobsleigh*, ni de las colinas para salto de esquí ni de nada similar, y también puedo renunciar sin problema al arco del triunfo de la estación de tren. Mi monedero ya sufre bastante con los impuestos estatales que, bajo la designación de benefi-

cios sociales, se destinan a subvencionar a los vagos y con los pordioseros que van de casa en casa y que cada vez abundan más en Garmisch.<sup>3</sup>

Tal protesta no impide a Richard Strauss reclamar unos honorarios de 10.000 marcos por este himno que celebra precisamente esta «estupidez deportiva». El cheque justifica los medios. Sin embargo, esta suma más que considerable sobrepasa con mucho el presupuesto del Comité Olímpico, por lo que Strauss, tras largas negociaciones, renuncia por completo a ser remunerado. No puede sorprender que no ponga mucho entusiasmo en este trabajo. «Durante este aburrido Adviento me entretengo componiendo un himno olímpico para la plebe», le escribe a Stefan Zweig en diciembre de 1934, «yo, que desprecio y me he declarado enemigo del deporte. Sí: el ocio es la madre de todos los vicios.»<sup>4</sup>

Para escoger la letra que acompañará la música de Strauss se convoca un premio que recae en Robert Lubahn, actor en paro y poeta ocasional. Algunas partes del poema se modifican, cuando Joseph Goebbels señala que los versos de Lubahn se ajustan muy poco al espíritu del Tercer Reich. Así, las palabras de Lubahn «la paz será el lema de la batalla» se convierten en «el honor será el lema de la batalla», y «la justicia será lo más valioso» se traduce sin titubeos en «la lealtad será lo más valioso». Lubahn tiene que aceptarlo por las buenas o por las malas, el Comité Olímpico, que ha encargado el himno, tampoco protesta, y a Richard Strauss parece darle igual.

En diciembre de 1934, poco después de finalizar esta obra de aproximadamente cuatro minutos, Strauss se pone en contacto con Hans Heinrich Lammers, el director de la cancillería del Reich, para pedirle que se le permita tocar el himno ante Hitler, pues «es a él, el Führer, protector de la Olimpiada, al que debe gustarle en primer lugar». Después de muchos dimes y diretes, pues Hitler no está tan interesa-

do en el encuentro como Strauss, se concreta una cita para finales de marzo de 1935. Cuando termina este concierto privado, que tiene lugar en el apartamento de Hitler, Strauss le regala a su Führer una partitura firmada del himno, que Hitler acepta con sumo agradecimiento.

Hay muchas razones que explican la complacencia de Richard Strauss con el régimen. Su nueva ópera, *La mujer silenciosa*, debería estrenarse en Dresde en junio de 1935. El ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, es contrario a la obra, porque el libreto es de Stefan Zweig, que, como judío, es persona non grata en el Tercer Reich. Pero Hitler concede a la ópera una autorización especial, que Strauss desea, sin duda, agradecer con su *Himno olímpico*. Sin embargo, poco después el compromiso del famoso compositor con la Alemania nazi entrará en crisis, cuando la Gestapo encuentre una carta de Strauss a Stefan Zweig en la que se burla de su cargo como presidente de la Cámara de Música del Reich. A mediados de julio de 1935, Strauss deberá abandonar este puesto y *La mujer silenciosa* se suspenderá tras dos funciones. Para un artista menos ilustre esto podría haber significado el final, pero Strauss es demasiado importante para que los nacionalsocialistas quieran prescindir de él para siempre. Un año más tarde —en el verano de 1936— el asunto está olvidado y Strauss puede presentar personalmente su *Himno olímpico*. Mientras el matrimonio Strauss desayuna en la llamada terraza del Bristol y Pauline, como de costumbre, incordia al servicio, Richard se pregunta cómo será dirigir la orquesta esta tarde, delante de más de cien mil paletos.

«Pero ¿dónde estamos?», le pregunta Max von Hoyos a su vecino, Hannes Trautloft. Max se acaba de despertar y no tiene ni idea de cuánto ha dormido. Bosteza, se frota los ojos y se estira. «Todavía en el Elba», responde Hannes. Max no parece muy sorprendido. «¡Tengo hambre!», exclama, y se baja de su litera.<sup>5</sup> Los dos jóvenes comparten un camarote en el buque de vapor *Usaramo* que ha partido

desde Hamburgo en dirección a España. Junto a otras ochenta personas, pertenecen a un grupo de viajeros que se hace llamar Compañía de Viajes Unión. En esta asociación sólo hay hombres que se comportan de forma peculiar y no quieren relacionarse con otros pasajeros. Si alguien les pregunta por el objeto de su viaje, no responden. Tampoco son los típicos turistas de crucero adinerados, pues no se mueven con tanta elegancia. Uno podría tomarlos por soldados, pero no llevan uniforme. Llama la atención que viajan con mucho equipaje. ¿Qué hay en todas esas enormes maletas que embarcaron en Hamburgo? Ante esta pregunta sigue reinando el silencio. Sólo hay una cosa clara: algo raro pasa con la Compañía de Viajes Unión.

A las doce del mediodía dará comienzo en el parque Lustgarten de Berlín un desfile de las Juventudes Hitlerianas en el que casi veintinueve mil muchachos se cuadrarán en formación. Desde la terraza del castillo hay una vista espléndida de la explanada que se encuentra entre el Museo Antiguo, la catedral y el castillo. Pero entre la multitud ya no es posible distinguir a ningún individuo, sólo se ve una masa de personas. Como tantas otras cosas estos días, este desfile no es más que una manifestación portentosa dirigida a los visitantes extranjeros. Adolf Hitler puede confiar en su juventud, reza el mensaje, lo que, sin duda, también puede entenderse como una advertencia.

Los diferentes eventos del programa se encadenan unos con otros como si se tratase de un engranaje bien engrasado. Cuando el saludo de bienvenida del Comité Olímpico Internacional termina puntualmente, los invitados de honor se dirigen desde la cúpula del Museo Antiguo a la entrada. En la escalera por la que se accede al Lustgarten se ha instalado una tribuna desde la que hablarán a las Juventudes, uno tras otro, Baldur von Schirach, dirigente de las Juventudes Hitlerianas; Hans von Tschammer und Osten, responsable de deporte del Reich; Bernhard Rust, ministro de Formación, y, por último, Joseph Goebbels. «Una imponente

actuación», anota el ministro de Propaganda en su diario. «¿Qué podría decirse que fuese especial? Después llegó la antorcha olímpica. Un momento emocionante. Cae una lluvia ligera.»<sup>6</sup>

La carrera con la antorcha olímpica, que finaliza de forma provisional en el Lustgarten, no es, como cabría pensar, una tradición de la Antigua Grecia, sino un invento de un funcionario de Würzburg. Carl Diem, de cuarenta y dos años, es, como secretario general del comité de organización, una de las figuras más relevantes de los juegos. El trayecto de más de tres mil kilómetros que separa Olimpia de Berlín y pasa por Atenas, Delfos, Salónica, Sofía, Belgrado, Budapest, Viena, Praga y Dresde se asemeja a un puente que une la Antigüedad con la época moderna, afirma el perspicaz funcionario. A Diem no le importa que en los juegos de la Antigüedad no hubiese carrera de relevos con la antorcha, lo que quiere es dotar a los juegos de Berlín de la mayor solemnidad posible. Joseph Goebbels, cuyo ministerio figura como responsable de la organización del desfile de las Juventudes en el Lustgarten, enseguida se entusiasma con la idea de Diem y hace que el portador de la antorcha corra por delante del museo a través de las filas de las Juventudes para encender allí el pebetero. Después, el joven seguirá corriendo a lo largo del castillo y encenderá allí una nueva llama en el «Altar de las Naciones».

Un verdadero parque móvil de limusinas está ya dispuesto para trasladar a los representantes del Comité Olímpico Internacional y a los demás invitados a la cancillería del Reich. Allí tomará la palabra Henri de Baillet-Latour para agradecer a Hitler la hospitalidad de Alemania. El anfitrión responde brevemente y subraya el valor de los juegos como nexo de unión entre los pueblos. Para las dos de la tarde el programa de actos anuncia conciso: «Piscolabis».

Entre las 15:00 y las 15:07 los invitados de Hitler abandonan la cancillería en dirección al estadio olímpico. El convoy de automóviles dobla la Wilhelmstrasse y entra en la

*Via triumphalis*. Así han bautizado los organizadores de los juegos los once kilómetros entre el Lustgarten, que está al este de la ciudad, y el estadio olímpico, al oeste. En la antigua Roma, la *Via triumphalis* acogía la llegada de los militares de alto rango; en Berlín, Adolf Hitler la utiliza para desplazarse en un Mercedes descapotable hasta los juegos que tendrán lugar en un escenario inspirado en un anfiteatro romano. *Panem et circenses*.

Todo el trayecto está flanqueado por gigantescas banderas adornadas con la esvástica y con el escudo olímpico, y vigilado por 40.000 miembros de las SA. Junto a las Juventudes Hitlerianas en formación, cientos de miles de curiosos esperan a que tenga lugar el acontecimiento que en el programa se señala para las 15:18: «Salida del Führer hacia el estadio olímpico».

En medio de la multitud se encuentra un estadounidense de treinta y cinco años, Thomas Clayton Wolfe. Tom, como lo llaman sus amigos, viene de Ashville, en el estado de Carolina del Norte, y hace poco que ha llegado a Berlín. Con sus casi dos metros de altura y ciento veinte kilos de peso parece un respetable gigante al que resulta difícil pasar desapercibido. Uno podría pensar que se trata de un lanzador de peso, pero nada más lejos de la realidad. Tom es escritor —bastante famoso, además— y su primer libro, *El ángel que nos mira*, ha sido publicado en su traducción alemana por la editorial Rowohlt en 1932. Ernst Rowohlt —el editor de Tom— tuvo un verdadero golpe de suerte con la publicación de *Schau heimwärts, Engel*, pues los críticos manifestaron todo su entusiasmo por el autor del Nuevo Mundo y, en muy pocos años, las librerías han vendido más de diez mil ejemplares.

Tom había viajado por primera vez a Alemania a finales de 1926 y pasó dos semanas en Stuttgart y Múnich. Desde entonces vuelve casi todos los años. En 1935 visitó por primera vez Berlín y se apoderó de él un sentimiento que, como describe en su cuaderno de notas, «con seguridad no